

Trilogía Las grandes familias

A*

Maurice Druon

Trilogía Las grandes
familias

Las grandes familias

La caída de los cuerpos

Cita en los infiernos

Primera edición, 2014

Título original: *Les grandes familles, La chutes des corps, Rendez-vous aux enfers*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© 1948-1951 by M. Druon

© de la traducción, Amparo Albajar, a quien Libros del Asteroide S.L.U. reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir las retribuciones que pudieren corresponderle.

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

© Fotografía de cubierta: Kodak Collection/NMeM/Science & Society Picture Library

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-97-1

Depósito legal: B. 22.174-2014

Impreso por Liberdúplex, S.L.U.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Índice

NOTA BIOGRÁFICA	9
LAS GRANDES FAMILIAS	11
LA CAÍDA DE LOS CUERPOS	409
CITA EN LOS INFIERNOS	745

MAURICE DRUON

Maurice Druon (1918-2009) nació en París, hijo natural del actor ruso Lazare Kessel de la Comédie Française, quien se suicidó antes de reconocerlo. Estudió Letras y Ciencias Políticas y su temprano interés por la literatura le llevó a colaborar en prensa desde los dieciocho años. Después de haber combatido en los inicios de la guerra, dejó Francia en 1942 para unirse a las filas de De Gaulle junto con su tío, el escritor Joseph Kessel, con quien escribió la letra del famoso *Canto de los partisanos* que fue utilizado como himno por la Resistencia Francesa.

En 1946 retomó su carrera literaria y en 1948 recibió el premio Goncourt por la novela *Las grandes familias*, primera parte de la célebre trilogía que completaría con las novelas *La caída de los cuerpos* y *Cita en los infiernos*. Entre su extensa obra, que consta de novelas, ensayos y obras teatrales y de literatura infantil, destaca también la exitosa serie de novelas históricas *Los reyes malditos*, que publicó entre 1955 y 1977. A finales de 1966 fue elegido miembro de la Academia Francesa, de la que fue secretario perpetuo desde 1985 hasta su dimisión en 1999. Desde esta institución se erigió en uno de los más acérrimos y polémicos defensores de la lengua francesa.

Desarrolló también una brillante carrera política: fue ministro de Cultura entre 1973 y 1974 siendo Georges Pompidou presidente de la República, ocupó varios cargos diplomáticos y fue diputado por París entre 1978 y 1981. Entre las innumerables distinciones que recibió a lo largo de su carrera cabe nombrar la de Comendador de las Artes y las Letras. Murió en París pocos días antes de cumplir 91 años.

Las grandes familias

Prólogo

Las paredes de la habitación de la clínica, la madera de los muebles y el metal de la cama estaban pintados de un blanco brillante, lavable y crudo. De la tulipa de vidrio esmerilado fijada encima de la cabecera caía la luz eléctrica, igualmente blanca y dura, sobre las sábanas, sobre la pálida parturienta que entornaba los párpados, sobre la cuna y sobre los seis visitantes.

—Todas vuestras magníficas razones no cambiarán un ápice mis ideas, ni siquiera el hecho de que estemos en guerra —dijo el marqués de La Monnerie—. Desapruebo absolutamente esta nueva moda de ir a dar a luz fuera de casa.

Tenía setenta y cuatro años y era el tío de la parturienta. Calvo en dos terceras partes del cráneo, su cabeza conservaba por detrás una corona de pelo blanco levantado en un alto cepillo hirsuto, como la cresta de un guacamayo.

—¿Causaban nuestras madres tantas molestias? —continuó—. Ellas no necesitaban cincuenta endiablados cirujanos y otras tantas enfermeras, ni todos esos ingredientes que apestan, para producir hijos vigorosos. Dejaban obrar a la naturaleza y al cabo de dos días tenían las mejillas sonrosadas. Mientras que ¡miren un poco esa cara blanca como el papel!

Con el puño de la camisa tendido hacia la almohada tomaba a la familia por testigo. En aquel momento tuvo un acceso de tos; la sangre afluyó a su rostro a través de las hinchazones y las arrugas, y le coloreó de escarlata la piel hasta el cráneo; luego escupió con fuerza en su pañuelo y se limpió el bigote.

Sentada a la derecha de la cama, la señora Jean de La Monnerie, esposa del gran poeta y madre de la parturienta, encogió sus imponentes hombros. Hacía mucho que había pasado la cincuentena; vestía de terciopelo granate y llevaba un enorme sombrero. Sin volverse, respondió a su cuñado con voz autoritaria:

—Lo cual no quita, mi querido Urbain, que si a tu mujer la hubieran trasladado a tiempo, tal vez la tendrías aún contigo. ¡Bastante habló todo el mundo de eso!

—No es así, no —replicó Urbain de La Monnerie—. Eras demasiado joven, Juliette; ¿qué puedes saber tú? En el hospital, en la clínica o adondequiera que hubiera ido, la desdichada Mathilde habría muerto igualmente, y sin tener siquiera la satisfacción de irse en su propia cama, en vez de estar en la cama de todo el mundo. La verdad es que no se puede fundar un hogar cristiano con una mujer que tiene unas caderas tan estrechas que podrían pasar por un servilletero.

—¿Creéis que esa conversación es oportuna delante de esta niña? —dijo la baronesa Schoudler, mujercita de pelo gris y tez aún fresca, que estaba de pie al otro lado de la cama.

La parturienta volvió levemente la cabeza y le sonrió.

—No tiene importancia, mamá; no tiene importancia —murmuró.

Entre la baronesa Schoudler y su nuera existía la complicidad de los seres de corta estatura.

—Yo te encuentro muy bien, mi querida Jacqueline —si-

guió la baronesa Schoudler—. Dos hijos en dieciocho meses, por mucho que se diga, significa algo. Has soportado eso perfectamente, y tu angelote es magnífico.

El marqués de La Monnerie, refunfuñando, se volvió hacia la cuna.

Tres hombres se hallaban a su alrededor, vestidos todos de oscuro y con una perla prendida en la corbata. El más joven era el barón Noël Schoudler, regente del Banco de Francia, uno de los abuelos del recién nacido y marido de la mujercita de pelo gris y cutis fresco. Noël Schoudler tenía una estatura gigantesca. Su vientre, su torso, sus mejillas, sus párpados...: todo era pesado, impregnado de seguridad en sí mismo y de la afición a los combates del dinero. Llevaba una barba corta, muy negra y terminada en punta, como la de un rufián.

Aquel monumental sexagenario colmaba de atenciones a su padre, Siegfried Schoudler, el precursor, el fundador de la banca Schoudler, aquel a quien París llamaba desde tiempo inmemorial «el barón de todos los imperios», un anciano delgado, de cráneo jaspeado y patillas cremosas, de nariz enorme y venosa, de ojos bordeados de púrpura húmeda, que estaba sentado con las rodillas separadas y la espalda encorvada, y recurría sin cesar a la oreja filial para volcar en ella, con un deje de acento austríaco, confidencias que todo el mundo oía.

El último de los personajes presentes al lado de la cuna era el otro abuelo, Jean de La Monnerie, poeta ilustre y académico. Dos años menor que su hermano Urbain, al que se parecía en más fino y también en más hepático, su calvicie estaba oculta por un largo mechón amarillento que rodeaba su frente; permanecía apoyado en un bastón de madera de las islas.

No había tomado parte en la discusión familiar. Con-

templaba a la criatura, pequeña larva cálida, ciega y arrugada, cuyo rostro, apenas del tamaño de la mitad del puño de un adulto, salía por entre la ropa blanca.

—Misterio —dijo—. Misterio perfectamente trivial; el más impenetrable y el único que nos importa.

Sacudió la cabeza tristemente y dejó deslizar su monóculo tintado, sujeto por un cordoncillo; el ojo izquierdo, descubierto, bizqueaba un poco.

—En otros tiempos —continuó— no hubiera podido soportar la mirada de un recién nacido. Me producía cierto malestar. Esa ceguera de embrión, esa nada mental... Esos miembros minúsculos, cuyos huesos sabemos que son todavía gelatinosos... ¿Y por qué advertencia misteriosa detienen un día las células su crecimiento? ¿Por qué se consume uno...? —Las palabras parecían caerle de los dientes—. ¿... se convierte uno en esto que somos? —añadió con un suspiro—. Terminamos de vivir y seguimos sin comprender, igual que este niño.

—No hay misterio, hay Dios; eso es todo —dijo Urbain de La Monnerie—. Y cuando uno se hace mayor, como nosotros..., ¡bueno!, es como los ciervos viejos, que se desmochan, que llevan menos cornamenta cada año.

Noël Schoudler adelantó su enorme índice y lo acercó a la mano del recién nacido.

Entonces, por encima de los cuellos postizos, rígidos y lustrosos, las cabezas se asomaron, inclinaron sus hinchazones, sus arrugas, sus párpados purpúreos, sus frentes moteadas, sus grandes narices grumosas, sus inmensas orejas, sus mechones amarillentos y sus cabellos erizados, y soplaron sobre la cuna el aliento de sus bronquios gastados, de sus cuarenta años de cigarro, de sus bigotes y de sus dientes arreglados, para observar los deditos que apretaban, que pellizcaban la piel fina del

dedo del abuelo, parecida a la membrana de los gajos de mandarina.

—¡Es extraordinaria la fuerza que tiene ya! —dijo Noël Schoudler.

Y los cuatro hombres permanecían por encima del enigma, por encima de aquella combinación apenas acabada de nacer de sus sangres, de sus ambiciones, de sus amores ahora lejanos.

Bajo aquella bóveda el bebé empezó a adquirir un color carmesí y a gemir débilmente.

—De cualquier forma, he ahí a uno que tendrá todo lo necesario para ser feliz, si sabe utilizarlo —dijo Noël Schoudler enderezándose.

Como hombre que conocía el valor de las cosas, el gigante calculaba todo lo que aquel niño reunía en sí, o reuniría algún día, todo lo que ya se encontraba en la cuna: el banco, las refinerías, un gran diario, un título del Sacro Imperio, la notoriedad mundial del poeta y sus derechos de autor, el castillo y las tierras del viejo Urbain, otras fortunas menores y un lugar preparado por anticipado en todos los medios de la aristocracia, de las finanzas, del gobierno, de la literatura...

Siegfried Schoudler interrumpió a su hijo en su meditación tirándole de la manga, y le dijo al oído a voz en grito:

—¿Cómo se llama?

—Jean-Noël, como sus abuelos.

Desde lo alto de su estatura y posando una vez más sobre la criatura más rica de París el filete negro de su mirada, repitió Noël para sí mismo, orgullosamente:

—Jean-Noël Schoudler...

De las lejanías de la ciudad llegó el sonido de una sirena. Todos los visitantes levantaron la cabeza al mismo tiempo, salvo el abuelo, que no oyó nada hasta la segunda sirena, más cercana.

Estaban en las primeras semanas de 1916. De cuando en cuando llegaba el *Zeppelin* por la noche sobre la capital, que aullaba a su proximidad y luego se oscurecía. Millones de vidrios se tapaban. El gran dirigible alemán volaba lentamente por encima de la aglomeración apagada, lanzaba algunas bombas que caían al azar entre la multitud de las calles y de las casas, y volvía a partir.

—La noche pasada, en Vaugirar, cayó en un edificio. Según parece murieron cuatro personas, tres de ellas mujeres —dijo Jean de La Monnerie en medio del silencio.

La resonancia parecía no ser ya la misma en aquella habitación. Pasaron varios segundos. Ningún rumor en el exterior, salvo el rodar de un simón en una arteria próxima.

Nuevamente hizo Siegfried una seña a su hijo, que le ayudó a ponerse el abrigo forrado de piel; luego el anciano volvió a sentarse.

Para alimentar la conversación, la baronesa Schoudler dijo:

—Una de sus horrorosas bombas cayó en la vía del tranvía. El riel se retorció en el aire y fue a matar a un desdichado que estaba en la acera.

Noël Schoudler, inmóvil, fruncía el ceño.

La sirena del barrio se puso a rugir; la señora de La Monnerie mantuvo dignamente los índices sobre los oídos durante el tiempo que duró el sonido.

Se oyeron pasos en el corredor y golpear de puertas; entró una enfermera.

Era una mujer alta, ya de edad, de piel seca y gestos masculinos.

Encendió la lamparilla de estearina que había sobre la mesilla de noche, se aseguró de que las cortinas estuvieran bien corridas y apagó la tulipa.

En la penumbra, las siluetas de los visitantes, frente a la parturienta, poblaron la pared de extrañas sombras.

—Si los señores quieren bajar —dijo la enfermera—, el refugio se encuentra en el mismo edificio. Todavía no podemos bajar a la señora, el médico lo ha prohibido. Tal vez mañana...

Sacó al recién nacido de la cuna y lo envolvió en la manta.

—¿Soy yo la única que se queda en este piso? —preguntó la parturienta con débil voz.

La enfermera no contestó a la pregunta.

—¡Vamos!; va usted a portarse bien, a quedarse tranquila —dijo.

—Quisiera tener a mi hijo a mi lado, aquí —añadió la parturienta ahuecando el costado del lado opuesto a la ventana.

La enfermera murmuró simplemente: «Ts..., ts...», y se fue, llevándose a la criatura.

Por la puerta batiente, en la luz azulada del corredor, la parturienta vio a los otros enfermos de aquel piso que desfilaban empujados en sillas de ruedas. Pasaron algunos segundos.

—Noël, creo que valdría más que bajaras, por tu corazón —dijo la baronesa Schoudler en voz baja, para aparentar calma.

—¡Oh, por mí no tiene importancia! —contestó Noël Schoudler—. Es más bien por mi padre.

El viejo Siegfried no trataba siquiera de dar razones; estaba de pie y esperaba, ya impaciente, que lo acompañasen.

—Noël aborrece permanecer en los pisos altos durante las alarmas —murmuró la baronesa a la señora de La Monnerie—; le produce trastornos cardíacos.

Los La Monnerie consideraban con cierto desprecio la inquietud de los Schoudler. Les perdonaban que tuviesen miedo, pero no que lo demostrasen.

La señora de La Monnerie sacó del bolso un relojito redondo.

—Jean, vamos a tener que marcharnos si no queremos llegar tarde a la ópera —dijo recalcando la palabra «ópera», para dejar bien sentado que la presencia del *Zeppelin* no introduciría ningún cambio en el programa de su velada.

—Sí, Juliette, tienes razón —respondió el poeta.

Se abotonó el abrigo, respiró como si echase mano de todo su valor y añadió en tono neutro:

—Todavía tengo que ir un momento al círculo. Te dejaré de pasada y luego volveré a reunirme contigo en el segundo acto.

—No tiene importancia, amigo mío, no tiene importancia —dijo la señora de La Monnerie con un tono bastante agrio—. Tu hermano me hará compañía.

Se inclinó hacia su hija.

—Gracias por haber venido, mamá —dijo maquinalmente la parturienta mientras recibía en la frente un beso breve.

La baronesa Schoudler se adelantó en seguida para despedirse. Sintió que la mano de la parturienta se cerraba en torno a la suya, casi se aferraba a ella; tuvo un instante de vacilación, pero luego pensó: «Después de todo, no es más que mi nuera. Si su propia madre se va...».

La mano de Jacqueline se aflojó.

—Ese Guillermo II es verdaderamente un bárbaro —dijo la baronesa para ocultar su embarazo.

Con paso presuroso, unos a causa de su angustia, los demás a causa de su espectáculo o de su cita apenas secreta, salieron los visitantes; primero las mujeres, prendiéndose los alfileres del sombrero, luego los hombres por orden de edad. Después la puerta se cerró y retornó el silencio.

La parturienta volvió los ojos hacia la vaga blancura de la cuna vacía y hacia la fotografía de un joven oficial de dra-

gones, de frente y con la cabeza alta, que iluminaba la lamparilla encima de la mesa de noche. En un rincón del marco estaba encajada otra fotografía, más pequeña, del mismo oficial, vistiendo un capote de piel de cabra y con los pies en el barro.

—François —dijo muy bajo la joven—. François... ¡Dios mío, haz que no le pase nada a François...!

Con los ojos abiertos de par en par en las tinieblas, con el oído aguzado, percibía el zumbido de su propia respiración.

De repente oyó el lento ronroneo de un motor que venía del cielo, luego una explosión bastante sorda, pero que hizo temblar los vidrios, y de nuevo el ronroneo, más cercano.

Jacqueline agarró el borde de la sábana y, juntando los puños, se la llevó a la boca.

En aquel momento volvió a abrirse la puerta; apareció una cabeza coronada de blanco y la sombra de pájaro iracundo de Urbain de La Monnerie se deslizó sobre la pared.

El anciano moderaba sus pasos; fue a sentarse al lado de la cama, en la silla que unos minutos antes había abandonado su cuñada, y se limitó a decir:

—La ópera no me ha entretenido jamás. Estaré igualmente bien esperando a tu lado... Pero ¡qué idea la de venir a dar a luz a un lugar semejante!

El *Zeppelin* avanzaba, iba a pasar por encima de la clínica.

1. La muerte del poeta

I

El aire estaba seco, frío, quebradizo como el cristal. París lanzaba un inmenso resplandor rosa hacia el cielo de diciembre, oscuro y abarrotado de astros a la vez. Los millones de bombillas, los millares de hornillos de gas, las luces de los escaparates, los letreros luminosos que recorrían los tejados, los bulevares surcados por tantos faros de coches, las fachadas de los teatros, las buhardillas de la miseria, las ventanas del Parlamento en sesión tardía, los talleres de los artistas, las cristaleras de las fábricas, las candelas de los serenos, los reflejos en el agua de los estanques y sobre la piedra de las columnatas, y en los espejos, y en las sortijas y en las pecheras blancas, todas esas luces, esos focos, esos rayos se fundían por encima de la capital en una cúpula de claridad.

Hacía dos años que había terminado la Gran Guerra. París había resurgido, deslumbrante, en medio de la Tierra. Tal vez nunca había sido más fácil el movimiento de los negocios y de las ideas que en ese final del año 1920; jamás el dinero, el lujo, la obra de arte, el libro, el plato raro, el vino, la palabra, el adorno, la quimera se habían difundido

con tal profusión. Los doctrinarios del mundo entero gritaban la verdad y la paradoja en los cafés de la *rive gauche*, y rodeados de ociosos inspirados, de estetas, de revolucionarios permanentes, de sublevados temporales, celebraban cada noche la más grande, la más asombrosa feria de la inteligencia que se haya visto en la historia del mundo. Ministros y diplomáticos de todos los estados, de todos los reinos, se codeaban en las floridas recepciones del barrio del Bois. La Sociedad de las Naciones, recién creada, había elegido como sede de su primera asamblea el salón del Reloj, en el Quai d'Orsay, y desde allí le había asegurado a la humanidad una era de dicha.

Las mujeres habían acortado sus vestidos y empezaban a cortarse el pelo. Las fortificaciones que databan de Luis Felipe (aquel cinturón herboso de fosos y bastiones en que París había vivido cómodamente durante ochenta años y adonde los niños de las calles grises iban a jugar los domingos) se habían tornado bruscamente demasiado estrechas; se arrasaban los fuertes, se rellenaban las escarpas, y la ciudad iba a desbordar sobre los jardines míseros, a anegar con sus altas olas de ladrillos y cemento las iglesias de las antiguas aldeas. La república había elegido como primer presidente después de la victoria a uno de los hombres más elegantes de Francia, pero que pocas semanas después zozobraba en la locura.

París era más que nunca una sociedad sumisa al éxito; veinte mil personas como máximo detentaban, en participación constantemente revisada, el poder, la fortuna, la gracia y el talento. Eran comparables a las perlas, entonces muy en boga, que parecían su símbolo; las había verdaderas, cultivadas, falsas y barrocas; se veían orientes humanos que se ennegrecían en unos meses y otros que cada día aumentaban de valor en el mercado. Pero, sobre todo, nin-

guna de esas veinte mil personas poseía la transparencia dura, el brillo sincero, cortante, de la piedra preciosa; todas tenían la luminosidad turbia, lechosa, impenetrable de un producto de extracción marina.

Otros dos millones de seres las rodeaban. Estos no habían nacido en el camino de la suerte, o no habían podido alcanzarlo o ni siquiera lo habían intentado. Como en todos los tiempos, eran los que rascaban los violines, vestían a las actrices, ponían marco a los cuadros que otros habían pintado, clavaban las alfombras bajo los zapatos blancos de las grandes bodas. Los menos dichosos permanecían bloqueados entre el trabajo y la notoriedad.

Pero nadie hubiera podido decir si eran los veinte mil quienes dirigían a los otros, organizaban sus dos millones de tareas y sacaban provecho de ellas, o si eran los dos millones los que por necesidad de actuar, de vender, de admirar, de compartir la gloria, segregaban sus diademas.

Una muchedumbre, de pie durante cinco horas para ver pasar una carroza real, se siente más gozosa que el príncipe que la saluda sentado.

Los hombres de la generación que ya se extinguía, cuya vejez había esquivado la guerra, opinaban, sin embargo, que París declinaba con ellos. Lamentaban el fin de la cortesía y de una cierta forma francesa del ingenio, herencia, según afirmaban, del siglo XVIII, y que ellos habían conservado intacta. Olvidaban que sus padres y sus abuelos habían dicho otro tanto; olvidaban también que ellos mismos habían agregado algunas reglas a la cortesía y que no habían recuperado «el ingenio», en el sentido en que ellos lo entendían, más que en su vejez. Juzgaban las modas exageradas, las costumbres licenciosas; la juventud hacía alarde ante ellos, como de diversiones casi normales, de lo que

en su educación les había sido presentado como vicio y que siempre habían o reprimido o disimulado: la homosexualidad, las drogas, las formas complicadas o perversas del erotismo; con la reprobación de los mayores se mezclaba también un poco de envidia. Las recientes obras de arte les parecían indignas de ese nombre y las nuevas teorías, la expresión de la barbarie. Englobaban al deporte en el mismo desprecio. En cambio registraban con interés los progresos de la ciencia y veían, ora con un orgullo divertido, ora con un poco de irritación, cómo las invenciones mecánicas y las técnicas invadían su universo material. Pero toda esa barahúnda mataba, para ellos, el placer y, echando de menos una manera más tranquila de ser civilizados (su manera) aseguraban, envolviendo a la época en una mirada circular, que aquel fuego de artificio desenfrenado no duraría mucho y no acabaría bien.

Podía uno encogerse de hombros; en su actitud, sin embargo, había otra cosa que no era el eterno resentimiento de los ancianos. Entre las sociedades de 1910 y 1920 se había abierto una grieta más profunda, más cierta que entre la sociedad de 1820 y la de 1910. Sucedió con París como con esas personas de quienes se dice: «Ha envejecido diez años en ocho días». En cuatro años de guerra Francia había envejecido un siglo, su último siglo, tal vez, de gran civilización, y esa hambre súbita de vivir que conocía París era una avidez de tísico.

Una sociedad puede ser feliz, aun llevando en sí sus lesiones internas; la desdicha viene después.

Igualmente puede una sociedad parecer feliz mientras muchos de sus miembros sufren.

Los jóvenes achacaban a sus mayores la responsabilidad de todos sus males visibles y previsibles, de sus dificultades cotidianas, de las vagas calamidades del mañana. Los ancia-

nos que habían formado o formaban parte todavía de los veinte mil oían cómo se los acusaba de crímenes que no tenían conciencia de haber cometido, de egoísmo, de cobardía, de incomprensión, de ligereza, de belicismo. Por otra parte, sus acusadores tampoco parecían testimoniar mucha generosidad, creencias, ni ponderación. Cuando los viejos se lo hacían notar, los otros exclamaban: «Pero ¡sois vosotros quienes nos hicisteis así!».

Y cada hombre, en el foco mismo de los rayos que París emitía, seguía el túnel de su propia vida; el viandante, inconsciente de la gran cúpula de claridad bajo la cual marchaba y que era visible a varias leguas a la redonda, no distinguía frente a sí más que la oscura acera.

II

Asmática, izando trabajosamente su enorme pelvis, la madre Lachaume subió la escalera del metro y emergió en el patio de la estación.

—No corras tanto, Simon —dijo—; no puedo seguirte. Comprendo que tengas prisa por verme partir..., pero te ruego que te pongas al paso de mis varices.

El frío le veteaba las mejillas. Párpados hundidos y labio velludo, lanzaba ante ella grandes chorros de aliento que se diluían, lechosos, en el aire helado.

Simon Lachaume dejó la maleta en el suelo y se limpió las gafas.

En torno a ellos, los mozos de cuerda, de guardapolvo azul, empujaban sus carritos, y los viajeros arrebujaos se atreaban, se interpelaban, llamaban a los taxis. Los automóviles se apretaban en tres filas junto a la acera y la iluminación de la larga cristalera hacía centellear sus cromados.

—He tenido que esperar hasta esta edad para venir a París —siguió la anciana—, y mucho me temo que no volveré en lo que me queda de vida. Es demasiado fatigoso. Todas esas escaleras, en tu casa, en el hotel, en el metro, en todas partes... Es demasiado para mis pobres piernas.

Permanecía inmóvil, maciza, en medio de la barahúnda. Iba enteramente vestida de negro. Negra la saya que le caía hasta los pies, negro el abrigo apenas más corto que cubría el inmenso cuerpo deformado, negra la toquilla que le envolvía los hombros. Los pendientes eran de madera negra. Un sombrero chato, en forma de minúscula corona mortuoria, remataba aquel monumento.

Un niño al que arrastraban de la mano contempló, atontado, a la campesina, tropezó con unas maletas, recibió una bofetada y se echó a llorar.

—Vamos, mamá, es preciso avanzar —dijo Simon Lachaume conteniendo su exasperación—. Prepara el billete.

Era más bajo que su madre, con hombros escuálidos y una frente demasiado saliente sobre un rostro chato. La anciana volvió a ponerse en marcha, el pecho bamboleante, pesada la cadera.

—Si tu mujer lo hubiera querido, habría podido dormir perfectamente en vuestra casa —dijo—. Me hubiera evitado el gasto y la fatiga.

—Pero ya viste que la vivienda es demasiado pequeña —contestó Simon Lachaume—. ¿Dónde querías...?

—Sí, sí, ya lo sé; sin embargo, yo sé bien lo que digo... En fin; le diré a tu padre que eres feliz, que te va bien en tu situación... No le hablaré de tu mujer..., porque después de todo no la quiero.

Simon estuvo a punto de gritar: «Pero ¡si yo tampoco la quiero, no sé por qué me casé con ella!». Estaba inmovilizado entre la multitud, contra su madre. La mujer blo-

queaba todo el paso en el portillo del revisor; se había arremangado el vestido y hurgaba lentamente en el bolsillo del refajo buscando el billete. Hasta en su ropa «de domingo» arrastraba un olor de estiércol y de leche agria.

Pasaron por fin al andén. La locomotora jadeaba, inundaba de vapor varios metros de asfalto. La madre Lachaume se detuvo en pleno centro de aquella blancura cálida y dijo:

—Además, sería una lástima que no fueras feliz, después de todos los sacrificios que hicimos por ti.

—¡Te repito por enésima vez que no habéis hecho ningún sacrificio! —exclamó Simon—. Aprobé todos mis exámenes como becario, me moría de hambre. Nunca me disteis ni un céntimo... Sí; cuando me marché a hacer el servicio mi padre me entregó, regiamente, una moneda de cinco francos. Eso es todo. Tú ni siquiera me mandaste un paquete durante toda la guerra.

—¿Acaso sabía uno si llegaban? Habrías podido estar muerto y el paquete se habría perdido.

Simon sacudió su enorme frente. Su cólera chocaba contra un obstáculo blando, opaco, eterno. ¿Para qué contesataba? El olor a grasa, a vapor y a hollín que despedía la máquina, el olor más próximo a leche ácida, el peso de la maleta, el arrastrar de pies de la muchedumbre, la presencia de la anciana, la sensación de su propia humillación al haber dejado surgir una discusión sin razón ni finalidad, todo junto le producía náuseas. Y el frío que lo había invadido hacía un momento le había colocado aquel aro apretado en torno a las sienas.

—Pues como decía —continuó la madre Lachaume—, eso no impide que estemos orgullosos de ti. Así es. Cuando quisiste estudiar tuviste nuestro consentimiento. Te alimentamos hasta los catorce años, te dimos la sangre de nuestras

venas... ; tú sabes lo que valía la jornada de un hombre en aquellos tiempos: dos francos cincuenta, dos francos setenta y cinco...; y luego te marchaste, en el momento en que los hijos empiezan a rendir. Entonces, ahora que estás colocado, que andas mejor vestido que como fuimos nunca tu padre y yo...

Paseó una mirada de respeto y de reproche a la vez por el abrigo de confección que llevaba su hijo, por el pantalón azul marino que empezaba a formar rodilleras.

—...trata de mandarnos un poco de dinero, si es que puedes. Será una ayuda, sobre todo con tu pobre hermano a nuestro cargo, en el estado que tú sabes.

—Pero ¿por qué me pides eso? —dijo Simon—. Sabes perfectamente que no me alcanza para llegar a fin de mes, a duras penas podré pagar la edición de mi tesis. Y vosotros tenéis más que suficiente para vivir. Poseéis más hectáreas de las que podéis cultivar, y seríais ricos si papá no fuese un borracho. Entonces ¿por qué?, ¿por qué esa mendicidad? —gritó.

La madre Lachaume levantó sus fofos párpados, descubrió sus ojos, redondos y descoloridos, y Simon creyó que iba a montar en una de aquellas cóleras de gigante que lo habían aterrorizado toda su infancia. Pero no; la vieja había ido a menos con la edad; se había sometido a los años. No quería pelearse con su hijo.

—Ya no decimos las mismas cosas con las mismas palabras —dijo suspirando—; ya no nos entendemos... Mira tú: cuando querías un oficio para no hacer nada, yo hubiera preferido que fueras cura. Te habrías alejado menos de nosotros.

Para evitar odiarla por completo, Simon Lachaume se vio obligado a decirse que tal vez no volvería a verla nunca. Trató de hacer un gesto de buen hijo, de hijo que reve-

rencia a su madre a pesar de todo y que la honra. Le ofreció el brazo para ayudarla a avanzar.

—Se les da el brazo a las señoras de la ciudad —le dijo ella—; yo siempre he andado sin ayuda de nadie y continuaré así hasta el cementerio.

Arrastrándose sola, con sus pesadas caderas, no pronunció ni una palabra más hasta que llegó a su vagón. Gimió mientras subía a él. Simon la instaló en la banqueta de madera dura y puso la maleta en la red.

—¿No corre peligro? —preguntó la vieja levantando unos ojos desconfiados.

—No, no.

Ella miró el reloj del andén.

—Todavía veinte minutos de espera —dijo.

—Tengo que irme, ya voy retrasado —murmuró Simon.

Se inclinó y puso un simulacro de beso sobre la mejilla sembrada de vello gris.

La madre Lachaume agarró la muñeca de su hijo con sus gruesos dedos agrietados.

—No te pases cinco años sin venir a vernos, como la última vez —dijo con voz sorda.

—No —contestó Simon—; iré a los Mureaux en cuanto pueda; te lo prometo.

Su muñeca seguía aprisionada.

—Y mientras tanto —repitió la vieja—, si puedes mandarnos algo, por poco que sea..., sería una prueba de que por lo menos piensas en nosotros de vez en cuando, te lo aseguro...

No volvió la cara hacia la ventanilla para ver a Simon alejarse. Atenta sólo a su pena, sacó su pañuelo amarillo de debajo del refajo y se secó los ojos.